

Ferrocarriles

Para esta narración se han tomado, como base, un artículo escrito por el Dr. Adolfo Torres Carpio en el N° 245 del Semanario "La Voz del Sud", del 18 de agosto de 1925, cuya copia fue gentilmente facilitada por su hijo, Dr. Carlos Torres D.M., y datos proporcionados por el Sr. Ernesto Vargas Flores.

- ¡Bien chaleco eres!... ¡Hasta ahora ya has caído nueve veces!...

El tono irónico del Mosco me puso nervioso y bajé del riel por décima vez. La doble meningitis con recaída que sufrí cuando tenía cerca de dos años de edad, debió de afectar, en mi cerebro, los centros del equilibrio pues, hasta hoy, tengo dificultad en conservarlo cuando debo pasar por un lugar angosto. Mi salvación fue milagrosa; pienso que Dios conservó mi vida para que escriba este libro.

- ¡Salgan dé ahí, mocosos!... ¡Ya viene el tren!...

Nuestra competencia de caminar sobre los rieles, pasatiempo muy común entre los niños, se interrumpió bruscamente cuando saltamos hacia donde había sonado la voz de advertencia. Pasado el sobresalto, nos encontramos frente a la mirada bondadosa y a la sonrisa tranquilizadora de don Anselmo, un anciano a quien podía encontrarse, casi siempre, en el andén de la estación ferroviaria, motivo por el que era muy conocido por los niños que acostumbrábamos a ir por ese lugar para jugar en los vagones vacíos o para admirar a los maquinistas y fogoneros, personajes novelescos que recorrían distancias enormes manejando ese monstruo de acero llamado locomotora.

- ¡Buenos días, don Anselmo!... - saludamos en distintos tonos.
- ¡¿Cómo están, chicos!?... ¡¿Qué hacen por aquí!?... -
- ¡Estamos paseando!... - dijo el Mosco -. ¡Hemos venido a ver el tren!...
- ¡¿Qué fecha es hoy!?... - interrogó el anciano.

En ese momento pasó frente a nosotros la locomotora, arrastrando su convoy. Traía muchos soldados; seguramente eran tropas de refuerzo para la guerra con los pilas. Ese día permanecerían en Tupiza y al día siguiente, muy temprano, seguirían viaje a Villazón.

Cuando la algazara del desembarco hubo concluido, la estación quedó en silencio, sólo interrumpido por el jadear de la locomotora que penetraba en la casa de máquinas. Don Anselmo permanecía pensativo, con la mirada perdida en alguna grieta del cerro colorado. Esperamos largo rato en quietud y, cuando ya empezábamos a dar señales de impaciencia por su estática postura, dijo simplemente:

- ¿Sabían ustedes que, en un día como hoy, hace nueve años, fue inaugurado el servicio de trenes desde Atocha hasta Tupiza?...

Por toda respuesta nos sentamos junto a él, en ambos lados, pues sospechamos que nos haría un relato interesante. Al notar la atención con que le escuchábamos, se sintió satisfecho y continuó:

- ¡Sí!... ¡El 24 de agosto de 1925 fue inaugurado el tramo Atocha-Tupiza, con una longitud de 96,323 Km! ... ¡Pero la ceremonia no fue tan importante como la que se efectuó el 10 de mayo de 1924!...

- ¡Cuéntenos que sucedió ese día!... - pidió el Mosco.

- ¡Ese día se inauguró el servicio ferroviario La Quiaca-Tupiza, con una longitud de vía, desde la frontera hasta aquí, de 101,500 Km!... El día anterior, 9 de mayo, había llegado el Presidente de la República, Dr. Bautista Saavedra... el "Mono Saavedra", como le decimos nosotros los liberales... - Una sonrisa satírica se dibujó en su rostro. Luego continuó -: ¡Cerca de 2.000 caballeros chicheños lo habían escoltado desde Oploca!... Todos ellos y algunos regimientos del Ejército Nacional se formaron dentro y fuera de la estación aquel 10 de mayo. La gallardía de los jinetes chicheños, aun con ropas de paisano, igualaba a la de los soldados de caballería. Las marchas militares que tocaban las bandas de música, llenaban el aire de vibraciones y el alma de fervor patriótico, porque íbamos a presenciar un acontecimiento extraordinario. -

Después de una pausa, continuó:

- Ustedes que están creciendo al lado del ferrocarril, acostumbrados a su presencia, no pueden imaginar nuestra ansiedad y expectativa en aquella lejana tarde. El Presidente de la República y su numerosa comitiva, formada por algunas damas ministros de Obras Públicas y de Guerra y varios senadores y diputados, rodeados de miembros de la Comuna y de toda la ciudadanía tupiceña, permanecían en el andén esperando la llegada de la primera locomotora.

Representantes de la Gremial de Albañiles, se acercaron al Dr. Saavedra y pusieron en sus manos un combo de plata y un clavo bañado en oro, invitándolo a clavar el último durmiente, que estaba pintado con los colores nacionales. El Mandatario aceptó la misión y la cumplió cabalmente, por lo que fue muy aplaudido.

Minutos después, la locomotora N° 2 hizo su ingreso lentamente, arrastrando su convoy con innumerables pasajeros - quienes se habían embarcado también a lo largo del trayecto -, y llenando el espacio con ensordecedores pitazos, en medio de los vivas y aplausos de la concurrencia. Las bandas de música iniciaron los compases del Himno Nacional que fue entonado por la multitud.

Pasaron algunos minutos hasta que hizo su aparición la segunda locomotora, procedente de La Quiaca. En ella llegaron los gobernadores de las provincias del Norte Argentino, de rigurosa etiqueta, acompañados de señoras y señoritas de la sociedad de Jujuy, Salta y Tucumán.

¡Fue algo hermoso y emocionante, para nosotros, este acto tan importante para los pueblos de Chichas!... ¡Yo sé que no voy a olvidarlo mientras viva!...

Luego vinieron los discursos; después del Sr. Presidente habló el Ministro de Obras Públicas a quien siguió el Embajador de la República Argentina y, por último, el Alcalde Municipal, a la vez diputado por Sud Chichas, Dr. Adolfo Torres Carpio, quien colocó en el pecho del Dr. Saavedra una hermosa medalla con el escudo de Tupiza en el anverso y la imagen de una locomotora saliendo del túnel de El Angosto, en el reverso.

Finalizado el acto, comitivas y pueblo se trasladaron a la Iglesia Matriz para escuchar un cántico de gracias a Dios, o Tedeum, que fue entonado por un artístico dúo compuesto por el Prof. Dn. Dalio Fernández L. y por el niño Ernesto Vargas Flores. Después de un descanso, el Presidente y algunos miembros de su comitiva hicieron un recorrido de la vía en autocarril hasta el lugar denominado Entre Ríos.

En la noche, luego del banquete que ofreció la Municipalidad, se efectuó un baile en el hotel "Europa", que hoy es el "Colón", en el cual los visitantes argentinos hicieron derroche de simpatía y de buen humor, animando la fiesta que duró hasta la madrugada del día siguiente.

La Empresa Constructora Ulen Contracting Corporation ofreció otro banquete el 11 de mayo, donde fueron dichos muchos discursos en los que, tanto argentinos como bolivianos hablaron de confraternidad y otras utopías.

Calló don Anselmo por un momento. Mientras él hablaba, un hombre, aparentemente de más de cincuenta años, se había acercado y detenido cerca de nosotros para escuchar el relato. Su nariz colorada, sus ojos inyectados, su rostro abotagado y su aspecto general muy descuidado, decían claramente que se trataba de un bebedor consuetudinario, de un "artillero".

El anciano continuó su narración:

- El 12 de mayo, muy temprano, los visitantes argentinos retornaron a su país. Más tarde el Presidente de la República y su comitiva emprendieron regreso a la sede de gobierno.

Cuando se inauguró el servicio desde Atocha, se hizo posible que los viajeros procedentes de Buenos Aires, quienes anteriormente debían abordar las diligencias que los llevaban hasta otra punta de rieles, ya no tuvieran que sufrir esa molestia. En la actualidad, este tramo es muy importante, por ser estratégico en esta guerra, para aprovisionamiento del frente de batalla y, más que todo, para traslado de los contingentes humanos que van a derramar su sangre en nuestro Chaco Boreal para que, en un futuro, otros aprovechen los frutos de este sacrificio, aun sin merecerlo.

- ¡Bah!... - Los tres nos dimos vuelta para saber de quién procedía esa exclamación y vimos al "artillero" alejándose, mientras refunfuñaba y manoteaba en el aire como si discutiera con alguien.

- ¿Quién es ese señor?... - pregunté. - Desde hace mucho rato estaba parado aquí atrás escuchando lo que usted nos contaba -.

- ¡Es don Jacinto Guzmán!... ¡Pobre hombre!... Ahora ustedes lo ven convertido en un guiñapo; pero hace algunos años era el mejor maquinista de la empresa! -

- ¿Qué le pasó?... - preguntó el Mosco.

- ¡Se los voy a contar!... Cuando se inauguró el servicio ferroviario desde Atocha, la empresa lo contrató como especialista en el manejo de los frenos de aire de las locomotoras; por lo tanto era el único que podía manejarlas en la subida y bajada de la gradiente que existe hasta la estación de Tres Paleas. Por esta razón, sólo efectuaba el recorrido Tupiza - Atocha - Tupiza.

Cuidaba su locomotora como a una joya, para lo cual había conseguido que le asignaran el mejor mecánico en su mantenimiento. Decía que la máquina es un factor decisivo en el cumplimiento del horario, a fin de garantizar un buen servicio.

De acuerdo con el contrato, la empresa había alquilado para él una casita cerca de la entrada norte de la estación, donde vivía con su esposa y su única hija, una preciosa niña de diez años, a quien amaba con toda su alma.

A medida que pasaba el tiempo, su disciplina y su empeño en cumplir estrictamente el horario fueron haciéndose conocidos en el medio ferroviario, de modo que su prestigio fue en aumento. Pidió como fogonero al mejor; fue designado don Carmelo Miranda, quien estaba a punto de ser ascendido a maquinista de tercera.

Al principio, Carmelo consideró un privilegio trabajar con Jacinto, por su disciplina y por su cumplimiento. Pero esos fueron, precisamente, los puntos de base para que el fogonero vaya formando un criterio cabal de la personalidad de Guzmán.

En ella notó que los sentimientos humanos, que forman el fundamento de las buenas relaciones sociales, iban desapareciendo poco a poco y eran reemplazados por una especie de obsesión: el horario debía cumplirse, sin importar cómo. Llegó un día cuando el mecánico no pudo concurrir a su trabajo porque había tenido un enfermo en su hogar. Inmediatamente, Guzmán presentó su queja solicitando una sanción para el "incumplido" pues, según él, la responsabilidad funcionaria no debía de tener interferencia por asuntos que no pertenecían al servicio.

El mismo Miranda tuvo una experiencia similar cuando, en una ocasión, tuvo que pedir permiso de su trabajo para atender la curación de su hijo mayor postrado con pulmonía. Y así, casos iguales o parecidos hicieron que Guzmán fuera "bautizado" por los de su gremio con el apodo de "El Desalmado".

Una tarde, después de un recorrido durante el cual el humor de Jacinto se puso "negro" a causa de que en la estación de Oro Ingenio le habían dado vía libre con tres o cuatro minutos de atraso, llegaban aquí con un minuto demás, pese a que en el trayecto había hecho todo lo posible por compensar el tiempo perdido, que no fue suficiente porque la topografía y la vía no permitían altas velocidades. Como de costumbre, Miranda tenía su vis-

ta de lince clavada en los rieles, listo para dar la voz de alerta en caso de emergencia. Al concluir la curva de entrada a la ciudad, exclamó alarmado:

- ¡Corte el vapor, don Jacinto!... ¡Hay una niñita en la vía!... -
 - ¡Ya se retirará!... - contestó el maquinista e hizo sonar de nuevo el silbato.
 - ¡No puede hacerlo!... ¡Tiene un pie enganchado!... ¡Frene, don Jacinto!...
 ¡¡¡Frene!!!... -

Y, en su desesperación, se prendía a las ropas de Jacinto.

- ¡Ya es tarde!... ¡Dios mío!!... - y el grito de Miranda se mezcló con el alarido de angustia de una mujer, cuya figura borrosa quedó atrás, mientras el tren penetraba en la estación.

- ¡Estas guaguas que se ponen a jugar en la línea!... - fue el único comentario del maquinista, que tuvo ecos de responso en los oídos de Carmelo quien, mudo de dolor, pensaba que aquella pobre criatura pudo haber sido alguna de las suyas.

Ya en la estación, Guzmán, siempre frío y eficiente, presentó su informe, y sólo cuando hubo dejado su máquina en manos del mecánico para que fuera revisada, se encaminó a su domicilio.

Desde lejos notó, en la casita, cierto movimiento de gente que entraba y salía. Cuando llegó, vio rostros duros y miradas que no querían cruzarse con la suya. Nadie contestó cuando preguntó qué había sucedido... ¡Entonces cambió! ... Toda su frialdad desapareció para dar lugar al inmenso amor que sentía por su familia. Miedo y angustia pusieron en su corazón un presentimiento trágico y, enloquecido, corrió al interior de la vivienda.

¡Allí, en medio del pequeño comedor, sobre una mesa alumbrada por cuatro velas, se hallaba el cuerpo destrozado de la que fuera su única hijita!...

Desde entonces deambula entre sombras, perdida la razón, sostenido por el alcohol que lo ha transformado en ese harapo humano que ustedes han visto. -

Don Anselmo no dijo más; se levantó y, haciendo ruido con su nariz, se alejó cabizbajo, perdiéndose entre los vagones vacíos que se alineaban en el "muerto".

Crónicas de Tupiza
 Iván Barrientos Oviedo
 Diseño y diagramación: Camilo Rosso Leña

Dibujo de la tapa: Lugar del Monje - Adalberto Barrientos Oviedo
 Edición: Jaime Michovich Morales

Código: IMT - BMM - 001
 Depósito Legal: 4-1-2859-10
 Impresión: Artes Graficas COMPAZ
 La Paz - Bolivia
 Diciembre 2010